

MANUEL HIDALGO

AZUCENA, QUE JUEGA AL TENIS



MONDADORI

AYER descubrí que me has estado engañando. Estaba sentado en la taza del water. Me había levantado sin hacer ruido para no despertarte. Tú habías venido tardísimo, lo menos a las cinco de la mañana, de una cena que tenías con no sé cuáles amigas. Cuando tú sales nunca consigo dormirme del todo, de modo que, cuando llegas, siempre te oigo. Haces mucho ruido, haces ruido con todo, con la puerta de la calle, con la puerta del baño, con los grifos, con el armario del otro cuarto. Pienso que lo haces adrede para fastidiarme. Antes de que entres en el dormitorio, enciendo la luz, miro el reloj, vuelvo a apagar la luz y me hago el dormido. Sé perfectamente a qué hora has llegado.

Estaba sentado en la taza del water, y me puse a mirar entre tus cosas. Tenías tu bolso en el suelo junto a los zapatos. Lo abrí y me puse a hojear un libro que había dentro. Y me encontré una carta. La verdad es que no dudé en leerla. Era una carta sin remite, lo que excitó mi curiosidad. Reconozco que hice mal en curiosear, pero para rato suponía que me iba a encontrar lo que me encontré.

Era la carta de un tipo. Te decía que comprendía que tú hayas querido terminar lo vuestro, que para él tú has sido muy importante, que nunca había hecho el amor en un barco

hasta que lo hizo contigo —¿cuándo demonios has estado tú en un barco?—, que te ha pintado en un cuadro y que nunca te olvidará. También decía que tú ya sabes dónde le tienes.

Me quedé hecho polvo, no daba crédito a lo que leía. Supongo que todo el mundo reacciona igual, todo el mundo debe creer que es como una pesadilla. Bueno, todo el mundo que pasa por una situación semejante: descubrir que su mujer se ha estado acostando con otro.

Leí y releí la carta varias veces. Es que no me lo podía creer. El hecho de releerla y volverla a leer era poco menos que un tic nervioso, algo motivado por la necesidad de cerciorarme de que aquello me estaba sucediendo a mí.

Volví a guardar la carta en el libro y el libro en tu bolso, y me quedé un buen rato como estaba, allí sentado en la taza del water. Me dolía mucho la cabeza. Eras tú la que habías trasnochado, pero, como yo estaba despierto cuando llegaste, el caso era como si yo también hubiera estado de farra.

Fui a nuestro cuarto y me quedé mirándote. Tú dormías profundamente. Estabas tapada hasta la nariz, con un brazo por fuera y con las piernas encogidas. Parecías una niña pequeña. No sabría decir si todas las mujeres cuando duermen parecen niñas pequeñas. Tú sí pareces una niña pequeña. Inocente. Me acerqué a tu cama y te tapé el brazo que tenías descubierto. Y volví al retrete a leer otra vez aquella maldita carta.

Tenía que haber una equivocación. Aquella carta no podía hablar de ti, de esa niña pequeña que dormía en la habitación de al lado como un ángel. Tú no podías ser la del barco, ¿qué barco?, ¿cuándo has estado tú en un barco? Tu nombre figuraba allí claramente y la dirección era correcta. No había duda.

Me sentía fatal, peor imposible. Nunca me he sentido tan mal. Pensé en despertarte inmediatamente y pedirte explicaciones. No lo hice. No lo hice porque no quería darte

un disgusto tan tremendo así de repente. Lo mismo te daba algo, te desmayabas o te daba un ataque, yo qué sé.

El disgusto me lo había llevado yo. El bombazo era para mí, pero yo pensé que tú también te ibas a disgustar. Era mejor que te levantaras tranquilamente, que te ducharas, que tomaras un zumo de naranja y que, una vez que estuvieras perfectamente despejada, vinieran las explicaciones. Así que me fui a por el periódico.

Fíjate tú lo que son las cosas, mientras me tomaba un café en el bar de la esquina, no dejaba de pensar en el disgusto que te ibas a llevar. Como para morir de la risa, ya lo sé, pero así era. Porque yo pienso que tú me quieres, que tú, hayas hecho lo que hayas hecho, me quieres a mí más que a nadie. Yo pensaba que, como tú me quieres tanto, pues que te iba a sentar muy mal que yo sufriera, que no ibas a poder soportar hacerme tanto daño, que te ibas a poner a morir.

De manera que me preocupaba en aquellos momentos muchísimo encontrar la forma más adecuada de decírtelo. O sea, de decirte que yo sabía que tú me habías engañado. Necesitaba encontrar una forma de decírtelo sin que te fueras a venir abajo, sin que te pusieras histérica.

También pensaba yo que te iba a dar muchísima vergüenza, que no ibas a poder aguantar a pie firme estar delante de mí, que te ibas a sentir inmunda, indigna, mala.

Yo estaba hecho un lío, porque, claro, yo te veía a ti inmunda, indigna y mala como nunca te había visto, pero, a la vez, te veía tan buena como siempre. Era una sensación de lo más contradictoria. Hay que vivirlo.

Cuando volví a casa tú seguías durmiendo. Era terrible, verte allí en la cama, tan tranquila, tan ajena a todo lo que se te iba a venir encima. No me decidía a despertarte. Me fui al cuarto de estar y me puse a fumar un cigarrillo.

La mañana era gris, fea. Uno de esos días oscuros, a medio llover, que a mí me sientan tan mal. A mí el tiempo me afecta mucho. Si el día sale azul, soleado, yo me siento

automáticamente bastante bien. Pero si sale nuboso, plomizo, pesado, me mustio de buenas a primeras.

El malestar me iba en aumento. No podía soportar ni un minuto más aquella rata que me devoraba los sesos. Así que fui a despertarte.

Yo siempre te despierto con algunas ternuras y con bromas. Tú nunca me despiertas a mí, porque yo me levanto antes. Suelo sentarme a tu lado, te acaricio el pelo suavemente, te doy cachetes en el culo, te aprieto los pies. Tienes unos pies tan pequeñitos que caben en mis manos.

Una cosa que me gusta mucho de cuando te despierto es que tú, todavía dormida, te vuelvas hacia donde yo estoy y pongas tu cabeza junto a mis rodillas. Es como si yo fuera un imán. Me siento a un lado de la cama, y tú, que igual estás durmiendo en el otro extremo y mirando hacia el otro lado, te pones en movimiento hasta chocar tu cabeza con mis piernas y te quedas quieta. Entonces es cuando te hago carantoñas, tú remoloneas, yo te digo bobadas y tú empiezas a sonreír, todavía con los ojos cerrados. Me gustan mucho esos momentos, porque tú estás como muy confiada, me notas a tu lado y te sientes bien, segura, a gusto.

Como es fácil de suponer, yo no tenía ninguna gana de ponerme a hacerte caricias. Pero, claro, si yo te despertaba dando voces o empujándote o subiendo la persiana con mucho estrépito, tú te ibas a dar cuenta de que algo pasaba. Porque ése no es mi estilo de despertarte. Y entonces tú me ibas a preguntar qué mosca me picaba, y yo no quería sacar a relucir el pastel hasta que estuvieras en tu sano juicio.

Así que, con menos milongas que de costumbre, te fui tocando los pies, dándote unos golpecitos en las piernas y diciendo: «Venga, venga, que ya es la hora». Al principio no reaccionabas, pero, ya, por fin, abriste un ojo y luego el otro, y yo aproveché para levantar la persiana, y tú dijiste: «Hola, bonito». Y yo dije: «Te van a dar las mil».

Todo fue muy tremendo. En primer lugar, porque, en el fondo, a mí me costó mucho no despertarte como todos los

días. Ya digo que estaba indignado, te odiaba por lo que me habías hecho. Aquella carta me había abierto en canal y te había hecho añicos a mis ojos. Pero tú estabas allí como cualquier día, tan ignorante de todo, tan niña pequeña, que yo estaba conmovido. Me costó, sí, no acariciarte como otras veces, porque tú que, por un lado, ya no eras la misma para mí, por otro sí lo eras, allí medio dormida y sin saber lo que se te venía encima.

En aquellos instantes yo tenía una enorme ventaja sobre ti, te tenía a mi merced sin tú saberlo, tenía entre las manos una dinamita que podía hacer estallar en tus mismísimos morros. Y estaba tentado de hacerlo, pero, al mismo tiempo, tanto poder me asustaba.

Tú habías dicho eso de «hola, bonito». Ese «bonito» tan cotidiano, tan dulce, era como una blasfemia sabiendo yo lo que sabía. Era un «bonito» que proclamaba tu inocencia, pero, simultáneamente, te convertía en una cínica repugnante. ¿Cómo te atrevías a llamarme «bonito» después de haberme hecho lo que me habías hecho? ¿Eso de «bonito» era la confirmación de que todo seguía igual entre tú y yo o era la máscara, la simulación, el último acto de una farsa que tú venías representando? Para volverse mochales. El dolor de cabeza me aumentaba por momentos.

Yo había dicho eso de «te van a dar las mil». Lo había dicho con poquísima convicción, porque ayer era fiesta y poco importaba que fueran las mil o las dos mil. Como primera frase mía del día, y considerando la conversación que nos esperaba a continuación, lo de que «te van a dar las mil» era de un disimulo patético a más no poder. Abochornado por lo estúpido de la situación, me escabullí otra vez al cuarto de estar.

Yo no hice más que decirte «explicame lo de la carta, dime quién es el pájaro ese que te ha pintado en un cuadro y que dice que ha hecho el amor contigo en un barco», y tú te pusiste en pie de un salto y saliste corriendo y gritando